

DESDE

“LA ETICA DEL PSICOANALISIS”

Jacques Lacan, 1959/60

“LOS NOMBRES DEL PADRE”

Jacques Lacan, 1963

A

“MOISES Y LA RELIGION MONOTEISTA”

Sigmund Freud, 1934/38

Participa:

Marga Tandeciarz



Desde
LA ETICA DEL PSICOANALISIS
LOS NOMBRES DEL PADRE
A
MOISES Y LA RELIGION MONOTEISTA

“Quitarle a un pueblo el hombre a quien honra como el más grande de sus hijos no es algo que se emprenda con gusto a la ligera, y menos todavía si uno pertenece a ese pueblo”.

Sigmund Freud



El título que direcciona esta publicación “Retorno de Jacques Lacan a los textos freudianos”, tiene como objetivo volver a situar los conceptos que estructuran la práctica analítica. Esta propuesta, es también un retorno que posibilita una nueva lectura de los trabajos presentados en las Jornadas, para volver a recorrer la experiencia freudiana, y rescatar junto a los aportes de J. Lacan, el campo de verdad de este mensaje. Desde esta perspectiva presentaré **el texto freudiano: Moisés y la religión monoteísta, y los conceptos que J. Lacan nos ofrece en los Seminarios: La Ética del Psicoanálisis, 1959-60 y Los Nombres del Padre, 1963.**

MOISES Y LA RELIGION MONOTEISTA

Moisés y la religión monoteísta es un texto que Freud lo escribe en dos momentos muy especiales de su vida; La primera parte en Viena entre 1934 y 1938, y la segunda parte en su exilio en Londres. Exilio que fue efecto de la ocupación de Viena por los nazis y que forzó su migración a Inglaterra. Freud nos advierte que lo escribe con la temeridad de quien tiene muy poco o nada que perder, ¡qué ironía!, pues nos dirá que la angustia que lo invade es que su

publicación provoque la prohibición sobre sus discípulos para trabajar en el psicoanálisis.

Este trabajo cuyo título en alemán es: “El hombre Moisés y la religión monoteísta” es la reunión de tres ensayos en los cuales Freud se extendió en la investigación del nombre.

El nombre Moisés, significa “recogido de las aguas”. Nos dirá que no es un nombre hebreo y que la leyenda fue tergiversada, no fue recogido de las aguas del Nilo. Es un nombre egipcio, “Mosé” que significa: “hijo”. Se sorprende que ningún autor, hasta ese momento, se haya animado a decir que el nombre Moisés podría ser de origen egipcio.

Su investigación lo lleva a abordar el **Mito del nacimiento del héroe** de Otto Rank para decirnos que el héroe desciende siempre de padres ilustres y su concepción es precedida por dificultades, entre las cuales estará el vaticinio contra la integridad del padre. En consecuencia el niño generalmente es condenado a muerte, o es abandonado. Si el niño es salvado por gente humilde, vuelve a encontrar a sus padres, se venga de ellos y alcanza el reconocimiento y la gloria: tema fundamental del **Mito de Edipo**.

El Mito de Edipo encuentra su expresión más acabada en el **Mito individual del neurótico**, lectura que J. Lacan realiza del

trabajo freudiano “La novela familiar de los neuróticos” a través del cual vemos surgir para todo Sujeto, en diferentes momentos de su historia, la idealización del padre y luego su degradación.

Lo más singular de este texto al cual Lacan retorna en su Seminario La Etica del psicoanálisis, es el desarrollo acerca de la Muerte de Moisés. Muerte que la religión procurará olvidar. Este olvido trae importantes consecuencias. Del asesinato de Moisés surgen las grandes dualidades de la historia: dos masas del pueblo, dos reinos en que la Nación se fragmenta, dos nombres de Dios, dos fundaciones de religión, dos fundadores con el mismo nombre. Moisés es líder, legislador fundador del pueblo judío. El asesinato de Moisés por su pueblo, deja huellas en la tradición y es una pieza fundamental para la construcción del proceso olvidado del tiempo primordial y su afloramiento en la forma de una religión monoteísta. El arrepentimiento del asesinato dio lugar al fantasma de un Mesías.

La prehistoria olvidada es la de “Totem y Tabu” Mito al cual Freud vuelve una y otra vez para destacar el lugar del padre primordial. Padre y amo de la horda, todas las mujeres eran de su propiedad. Los hijos menores tenían una posición excepcional, protegidos por el amor de la madre, sacaban su ventaja y sustituían al padre después de la muerte. Los hijos mayores eran expulsados.

Los hermanos expulsados vivían en comunidad, avasallaron al padre y se lo comieron. Mito que dio lugar en el neurótico, al fantasma del canibalismo. No solo odiaban y temían al padre sino también que lo veneraban como arquetipo. El acto canibalístico es un intento de asegurarse la identificación al padre por incorporación. Identificación fundante para todo Sujeto. Como consecuencia del parricidio, sobreviene la lucha entre hermanos, pero el recuerdo de la hazaña liberadora los lleva a unirse, nuevamente. Surge la primera forma de organización social, y el primer contrato social, que presupone una renuncia pulsional, reconocimiento de obligaciones, comienzo de la moral y el derecho. Así se establece el tabú del incesto y la exogamia. El sustituto del padre, animal fuerte, es la fuente de las zoofobias.

¿Qué se hizo de la religión en esta trama?

Es el Totemismo la primera forma en que se manifiesta la religión en la historia. Los animales fueron reemplazados por los dioses. El derecho materno fue relevado por un régimen patriarcal. Los nuevos padres nunca alcanzaron la omnipotencia del padre primordial. Los dioses del politeísmo espejaban las constelaciones de la época patriarcal. El paso siguiente fue el retorno de un Dios padre único. Surgimiento del monoteísmo, en el judaísmo y su prosecución en el cristianismo.

El judaísmo había sido la religión del padre, el cristianismo devino una religión del hijo. El crimen atroz del tiempo primordial; el parricidio fue repetido en la persona de Moisés y luego en la figura de Cristo, es la construcción bajo el modo de retorno en la repetición del proceso olvidado del tiempo primordial. La resurrección de Cristo, renueva a Moisés resurrecto, y tras él, al padre primordial retornado, de la horda primitiva, glorificado y situado como el hijo en el lugar del padre

LA ETICA DEL PSICOANALISIS

¿Cuál fue el aporte de Lacan en el Seminario: La ética del psicoanálisis a esta extraordinaria construcción?

Lacan retornó a este texto para escribir el pilar de su teoría: **la Metáfora Paterna** y para decirnos que Moisés representa a aquel que pasa la ley. No! el que hace la ley,

En el capítulo destinado a la muerte de Dios, Lacan nos dirá, que el interés mayor de la historia judía es el de ser el vehículo del mensaje del Dios único. Nos habla de la disociación entre el Moisés racionalista y el Moisés inspirado: la zarza ardiente será el Das Ding

de Moisés, y solo faltará calcular las consecuencias de esta revelación. (Este tema lo retomaré más adelante, cuando recorra el Seminario “Los nombres del padre”).

El mensaje del monoteísmo se transmitió en la oscuridad a través de Moisés, el racionalista. Estuvo relacionado, bajo el mecanismo de la represión, en el inconciente, con el asesinato del Gran hombre, y fue precisamente por esa vía que pudo ser transportado y conservado, en un estado de eficacia que podemos medir en la historia. El asesinato del Gran hombre llega a emerger en un segundo asesinato: el de Cristo, a partir del cual, el mensaje monoteísta culmina, se traduce y este acto lo hace nacer. La maldición secreta del asesinato, sólo resuena sobre el fondo del asesinato inaugural del padre primitivo y ahí se realiza lo que se llama la redención cristiana.

Una nueva escritura: Las letras

La religión culmina en una clasificación de lo imaginario, de esta manera se opone a la tradición monoteísta. Los mandamientos primordiales que surgen de esta tradición son las leyes de la palabra, leyes que dirán: “No harás, de Mí, imagen tallada, pero para no correr el riesgo de hacerla, no harás imagen alguna”. La

prohibición de confeccionar imágenes, constituyó en la historia, un motivo esencial para abandonar la escritura figural jeroglífica. Estos signos de escritura fueron abandonados y dieron lugar al nacimiento de una nueva lengua constituida sólo por letras y no por signos que designan objetos o figuran sonidos.

El asesinato del padre y sus consecuencias

Lacan nos dirá, en su retorno al texto freudiano, que para que algo del orden de la ley sea transportado es necesario que pase por el camino que traza el drama primordial del asesinato del padre y sus consecuencias.

Esa figura sobre la que nada puede decirse, temible, temida, dudosa personaje omnipotente, semianimal, asesinado por sus hijos, determina un tiempo esencial en la institución de la ley y todo el arte de Freud, consistió en ligar el asesinato del padre en un retorno del amor una vez realizado el acto. Todo el misterio es este acto. El acto del asesinato del padre está destinado a ocultarnos el hecho de que no sólo la muerte del padre no abre la vía hacia el goce, que su presencia supuestamente prohibía, sino que refuerza su interdicción.

Esta falla interdictiva es sostenida, hecha visible pero al mismo tiempo camuflada por el Mito. Lo importante es mantenernos en lo que entraña esa falla. Todo lo que la franquea es objeto de una deuda. Todo ejercicio del goce entraña algo que se inscribe en el libro de la deuda en la Ley. Más aún, es necesario que algo en esa regulación sea o paradoja o lugar de algún desarreglo. Todo aquello que del goce se gira hacia la interdicción se dirige en dirección a un reforzamiento siempre creciente de la interdicción. Cualquiera que se dedique a someterse a la ley moral ve siempre reforzarse las exigencias minuciosas y crueles del superyó. Cualquiera que avance en la vía del goce sin freno, en nombre de no importa qué forma de rechazo de la ley moral, encuentra obstáculos que bajo diferentes formas nuestra experiencia nos muestra todos los días. Una transgresión es necesaria para acceder al goce, pero la transgresión solo se logra sobre las formas de la Ley. Si las vías hacia el goce tienen en sí mismas algo que se amortigua, que tiende a ser impracticable, es porque la interdicción le sirve de vehículo apto para todo terreno de transmisión, para salir de esos lazos que vuelven a llevar siempre al hombre girando en redondo hacia el camino trillado de una satisfacción corta y estancada. Vemos aquí, el estrecho nudo del deseo y de la ley.

Si Dios está muerto, lo fue desde siempre. Nunca fue el padre sino en la mitología del hijo la del mandamiento que ordena amarlo, a él, al padre. El hombre que encarnó la muerte de Dios siempre está ahí en ese mandamiento

¿Que nos aportó Lacan en su retorno al texto freudiano?

Partiendo de la Metáfora paterna, a través del Mito, es decir, de la relación entre el goce, el deseo y la ley, podremos también leer con Lacan, siguiendo sus tres registros: Real, Simbólico e Imaginario (R.S.I.), no el Nombre del padre sino:

Los Nombres del padre: En lo real, el padre en relación al goce. En lo simbólico, el lugar de la ley. En lo imaginario, el lugar del objeto “a”.

LOS NOMBRES DEL PADRE

Seminario de Jacques Lacan del año 1963, que consta de una sola clase. No fue su intención, nos dirá, esperar la finalización tan brusca de su Seminario como un golpe de efecto.

De este Seminario rescataré algunos conceptos fundamentales que se anudan al tema que venimos desarrollando, especialmente la relación de estos conceptos con el objeto “a”, causa del deseo.

Nombres del padre: ¿Por qué ese plural relacionado con los nombres? Se tratará de aquello que aporta como progreso a una noción que había iniciado en 1958: La Metáfora Paterna, que continuó en 1961 con el drama del padre en la Trilogía claudeliana y en 1962 con la función del nombre propio.

Este Seminario se conecta, no sólo con el Seminario “La Ética del Psicoanálisis”, sino esencialmente con el Seminario “La angustia”, donde avanza con el desarrollo del objeto “a”, causa del deseo. La angustia es ese afecto que no engaña. La angustia no es sin objeto, objeto que en el fantasma se ofrece como sostén del deseo, lo más intenso que le está dado a alcanzar al Sujeto en su dependencia al deseo del Otro. La función inicial es la de ese objeto perdido sobre el cual Freud insiste. Freud nos lleva al núcleo sobre lo cual fundar las bases de lo que para él era la “ilusión”, a la que llamaba, la “coartada”, la “Religión” y que yo, dice Lacan por mi parte denomino la “Iglesia”.

Freud avanza sobre el fundamento mismo de la tradición eclesiástica, permitiéndonos trazar el clivaje de un camino que va

más allá, más lejos que el límite que él ha establecido bajo la forma del “mito del asesinato del padre”. Es sobre este terreno escabroso y movedizo sobre el cual Lacan quiere avanzar y que rápidamente tendrá que interrumpir, no sin antes darnos algunas claves de los conceptos sobre los cuales va a continuar en sus próximos Seminarios.

En lo que al padre se refiere, su padre, los siervos de la Iglesia, los Padres de la Iglesia, déjenme decirles, dice Lacan, que sobre el padre no los he encontrado suficientes. Algunos saben, nos dirá, que desde su pubertad practica la lectura de San Agustín, y no puede dejar de asombrarse sobre lo poco que dice acerca del padre. San Agustín ha sabido hablarnos sobre el hijo, y sobre todo del Espíritu Santo, pero vaya a saber que fuga se produce bajo su pluma cuando se trata del padre ¿Cómo no protestar, en el caso de un espíritu tan lúcido, contra la atribución radical a Dios a partir del término Causa Sui? No hay causa sino a partir de la emergencia del deseo.

En hebreo se dice “yo soy lo que soy”. Dice San Agustín: “Yo soy el que soy “ suena falso y hueco, a través de lo cual Dios se afirma idéntico al Ser, ese Dios en el momento en que Moisés habla, no sería sino un mero absurdo.

Lacan, aquí, abre un paréntesis, sobre lo que viene interrogando, para recorrer las diferentes formas en que el objeto “a” se presenta, para finalmente retomar el tema a partir del objeto “a” voz. Es importante recorrer brevemente lo que el desarrolla:

He aquí la función del pequeño “a” en las diversas formas en que se presenta:

En la angustia el objeto “a” cae, está en relación al deseo del Otro, el modo en que el Sujeto lo aprehende. Esto explica **la función del objeto, oral, el seno**, objeto que se introduce en relación a la demanda al Otro. Una segunda forma: **el objeto anal, las heces**, la simbólica del don, el regalo, la demanda del Otro. Más allá en una curva en relación al deseo, goce en el nivel genital, **la función del pequeño “a” en la pulsión escópica**. Su esencia queda resumida, más que en cualquier parte, aquí, el Sujeto se encuentra cautivo en la función del deseo. Es el lugar donde el Sujeto se encuentra con el mundo como espectáculo que él posee. El Sujeto aquí está lleno de júbilo, es un señuelo por el cual lo que sale de él y lo que él afronta no es el verdadero pequeño “a” sino su complemento, el i(a), el complemento de su imagen especular. He aquí lo que parece haber caído de él. Cree desear porque se ve como deseante y no ve que lo que el Otro quiere arrancarle, es su mirada.

La prueba es lo que sucede en **el fenómeno del Unheimlich**, cada vez que de pronto, por algún incidente fomentado por el Otro, esta imagen de él en el Otro se le aparece al Sujeto como privada de su mirada, se deshace toda la trama de la cadena en la cual el sujeto está cautivo en la pulsión escópica, y es el retorno a la angustia más basal, el Aleph de la angustia, la relación del sujeto con el objeto “a”.

El franqueamiento de lo que se manifiesta en la pulsión escópica apunta hacia la impostura. El agalma es ese objeto al cual el Sujeto cree que su deseo apunta y es esa creencia la que lo lleva al extremo del desconocimiento del objeto como causa del deseo.

Lacan nos conduce así a la puerta del quinto término:

La pulsión invocante, la voz: la voz del Otro debe ser considerada como un objeto esencial.

Todo analista será llamado a darle su lugar, sus diversas encarnaciones, tanto en el campo de las psicosis, como en la formación del superyó. De este acceso en relación con la voz del Otro, del pequeño “a” como caído del Otro, podemos agotar su función estructural, llevando la interrogación sobre lo que es el Otro como Sujeto. **Por la voz, ese objeto caído del órgano de la palabra, el Otro es el lugar donde ello habla. ¿Quién? Más allá de aquel que**

habla en el lugar del Otro, y que es el Sujeto. ¿Quién está más allá, y de quien el Sujeto cada vez que habla toma la voz?

Está claro que si Freud coloca el mito del padre en el centro de su doctrina es por lo inevitable de esta pregunta. Si toda la teoría y la praxis del psicoanálisis se nos parece hoy en día como inmovilizadas, es por no haber osado ir más lejos que Freud en relación con esta pregunta. Si míticamente el padre no puede ser, y de acuerdo con el mito del animal, más que un animal, el padre primordial, el padre anterior a la prohibición del incesto, no puede estar antes del advenimiento de la cultura, y de acuerdo con el mito del animal, su satisfacción no tiene fin: el padre es ese jefe de la horda.

Pero, ¿por qué llamarlo Tótem? Es preciso, dirá Lacan, **ubicar al nivel del padre la función del nombre** (el nombre propio). El nombre es esa marca, ya abierta a la lectura, y es por eso que se leerá de la misma forma en todas las lenguas, algo está allí impreso.

Dado ese padre, podemos ir más allá del mito tomando como referencia lo que implica el mito en el registro de estos tres términos: el goce, el deseo y el objeto “a”.

Veremos cómo, progresar respecto al padre, en el cual Freud encuentra un singular equilibrio de la ley y el deseo, necesitamos el

uno por el otro en el incesto, sobre la suposición del goce puro del padre como goce primordial. Si allí está la marca de la formación del deseo, ¿porque eso conduce a las neurosis?

¿Cómo se conjuga el deseo con el deseo perverso? Pregunta que nos llevará a comprender una serie de fenómenos que van desde las neurosis, como una huida ante el término del deseo del padre, al que se sustituye el término de la demanda, hasta el del misticismo, en todas las tradiciones, salvo el caso de la ascesis, la ascensión, sumergidas hacia el goce de Dios. Lo que estorba en el misticismo judío, en el cristiano y más aún en el amor, es la incidencia del deseo del Otro.

El Nombre de Dios

Lacan nos dirá, retomando aquello que abrió en el Seminario “La Etica”, que no puede dejarnos en este Seminario: “Los Nombres del padre”, sin haber pronunciado el nombre, el primer nombre, por el cual quiere introducir la incidencia de la tradición cristiana, no la del goce, sino la del deseo de un Dios, el Dios Elohim. Ante ese Dios, término primero, Freud, seguramente más allá de lo que transmite su pluma, se detuvo. Ese Dios cuyo nombre no es más que el nombre, Saddy. Saddyo soy el siendo, que yo no habría

pronunciado jamás. Ese nombre en el Exodo, en el capítulo VI el Elohim que habla en la zarza ardiente que es necesario concebir como su cuerpo, que se traduce por la voz: Dios hablándole a Moisés le dice en ese momento “Cuando vayas hacia ellos, les dirás que yo me llamo Yo soy, Ehye.” EhyeSer, Yo soy lo que soy. ¿Cuál es la propiedad de estos términos? Designar las letras que componen el nombre, ciertas letras elegidas entre las consonantes. Yo soy que de ser el nombre: Yo soy. Pero no es bajo este nombre que me he anunciado a vuestros ancestros. Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob y no Dios de los filósofos, ellos se encuentran en lo real, y como todo real es inaccesible, eso se señala a través de lo que no engaña: la angustia.

Este Dios que se ha anunciado a Abraham en primer término, lo ha hecho por un nombre de Elohim de la zarza ardiente: El Sadday; los griegos, no han traducido Ehyé por: Yo soy el que soy como San Agustín, sino por el Siendo, el Ser. Han pensado que Dios es aquel que es el siendo supremo. ¿Qué es el Sadday? Saddayyo soy el siendo? Lacan nos remite a Kierkegard, el sacrificio de Abraham, bajo la forma en que penetra en una tradición en la cual las imágenes no están prohibidas. La figuración de estas cosas está prohibido entre los judíos. Lacan aquí avanza bastante para encontrar lo que ha enunciado sobre la metáfora paterna.

Hay un hijo, la cabeza apretada contra el pequeño altar de piedra (Caravaggio), ese niño hace una mueca de sufrimiento, el cuchillo de Abraham se levanta sobre él, el ángel que está allí es la presencia de aquel cuyo nombre no es pronunciable. Antes de ese gesto que lo detiene, Abraham llegó allí para algo. Dios le pidió sacrificarlo, es el hijo de la promesa. El Saddy es aquél que elige y promete y hace pasar por su nombre una cierta alianza transmisible de una sola manera, por la “Braja” paterna, es aquel que hace esperar a un hijo a una mujer de 90 años, Sara, e incluso hace esperar algo más.



Caravaggio - El sacrificio de Isaac. Museo de los Uffizi. Florencia. Italia

En el cuadro de Caravaggio se puede ver la cabeza del cordero, que se introduce bajo la forma del shofar. Shofar, cuyo cuerno ha sido indudablemente arrancado.

En cuanto a este cordero, no es verdad que el animal aparezca como metáfora del padre a nivel de la fobia. La fobia no es más que un retorno, es esto lo que decía Freud refiriéndose al Totem. El hombre no tiene porque ser orgulloso por ser el último en ser creado, aquel que ha sido hecho con barro. El hombre se buscará en sus antepasados honorables, y aún estamos en eso, le es necesario un antepasado animal.

En la tradición rabínica, se dice que el cordero del cual se trata es el cordero primordial, estaba allí, ya en el sexto día de la creación, lo que designa por lo que es: un Elohim. No es aquel cuyo nombre es impronunciable, sino todos los Elohim. Ese es reconocido como el antepasado de la raza Sem, por lo tanto de los orígenes.

Esta cabeza de cordero con los cuernos enredados en una maraña de espinas que lo detiene, es importante. El texto mismo hace sentir que se precipita en el lugar del sacrificio. Lo que Elohim le señala a Abraham para sacrificar en el lugar de Isaac es su antepasado, el dios de su raza.

Aquí se marca la línea divisoria entre el goce de Dios y lo que una tradición le asigna como deseo, deseo de algo de lo cual se trata de provocar la caída. Aquí está la clave de este misterio, el lugar donde se liga la tradición judaica con la práctica de la circuncisión, lo que une a la comunidad en una fiesta, en lo que hace al goce de Dios. Se manifiesta algo que, siendo, el deseo pone esencialmente de relieve, esa hiancia que separa el goce del deseo. La circuncisión es el signo de la alianza del pueblo a través de ese pequeño objeto “a”.

En este Seminario Lacan nos muestra cómo puede avanzar más allá de Freud. Avanza en el lugar mismo donde Freud se detiene en sus textos: Totem y Tabü y Moisés y el monoteísmo.

Nos ofrece un texto abierto a la interrogación

¿Cómo avanzar en la clínica psicoanalítica para ubicar en cada estructura la relación entre los nombres del padre, el goce, el deseo y el objeto “a”?